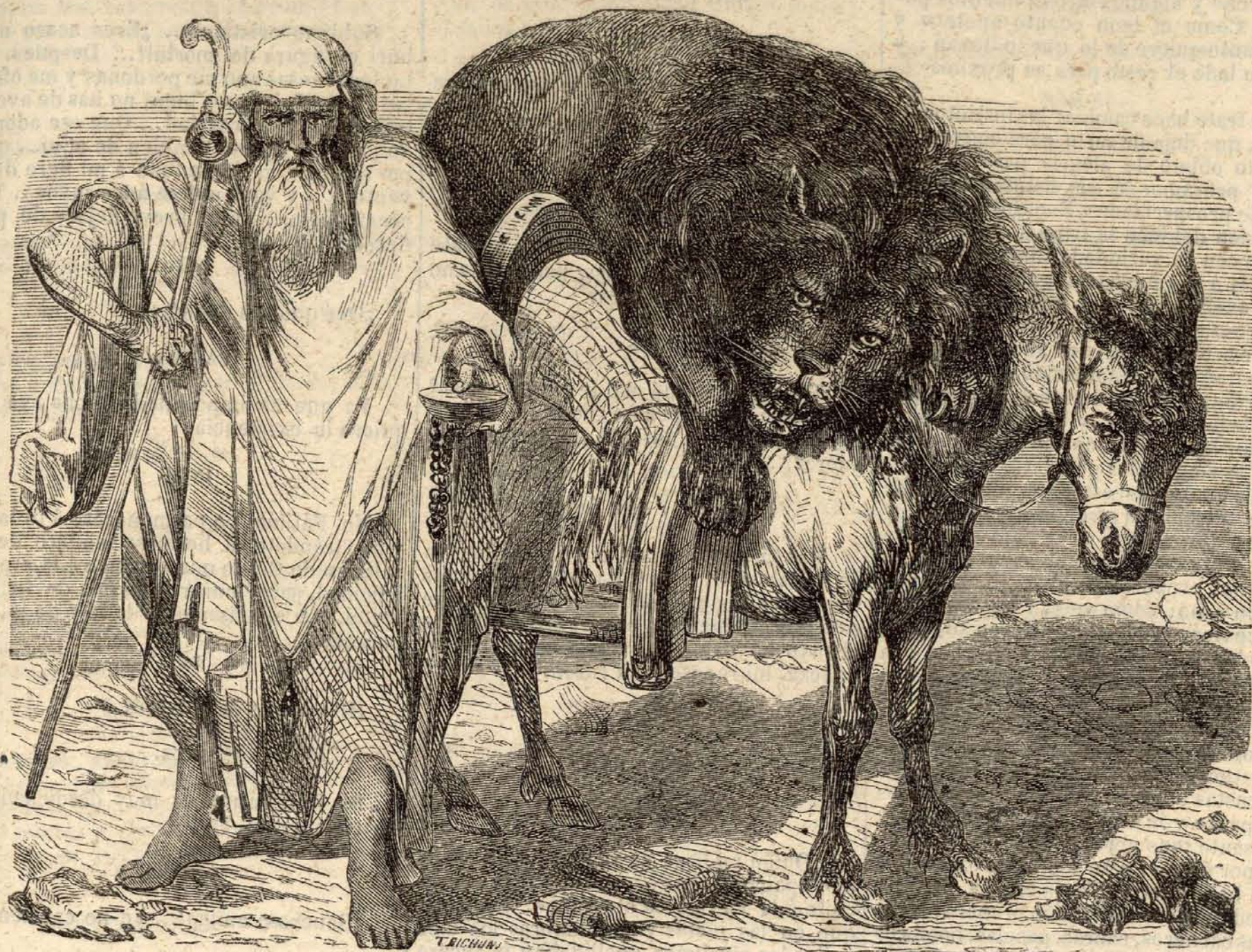


## APUNTES DE VIAGES.



## EL LEON NEGRO.

(FRAGMENTO DE LAS MEMORIAS DE UN VIAJERO POR AFRICA.)

La nueva aurora iba permitiendo distinguir los objetos lejanos. A bastante distancia percibi á un hombre que caminaba á pie, y delante de él divisé un objeto grande que ni era criatura racional por su forma ni era esta tampoco la de ningun animal conocido por mí, al menos hasta entonces. Espoleé á mi caballo para unirme mas pronto con el hombre que me precedia algunas varas de distancia, y cuanto mas se acortaba esta y aumentaba la claridad, mas raro y deforme me parecia el objeto que despacio caminaba delante de mí. Que era animal no me cabia duda. Distinguí cuatro patas, á poco las orejas y la cabeza de un mulo ó asno, pero su cuerpo no era de tal, y creció mi asombro cuando ví dos colas y la cabeza de un leon. Junto al hombre ya, distinguí fácilmente que iban dos animales en uno: es decir, sobre un pollino un disforme leon negro. Lo veia y apenas podia convencerme que no me engañáran mis ojos; pero pregunté á mi nuevo compañero de camino si era cierto lo que veia, y pronto recibí una contestacion afirmativa. Paréme entonces:

Setiembre 26 de 1852.

dudé si retroceder, y conociendo el anciano que acompañaba al leon mi temor

—Sosegaos, me dijo, nada temais.

—¿Pues y ese leon?

—Ya le veis... va tranquilo sobre un asno.

—¿Pero va vivo?

—Precisamente; pero es tan inofensivo como el que le conduce sobre su lomo.

—¿Y es ese mismo leon el que ha dado tan grande rugido?

—El mismo: el que tiene devorados tantos animales como hombres.

—Y lo decís con esa indiferencia tan... Alá os guarde, compañero...

—Deteneos: á mucha fortuna debeis achacar este encuentro tan feliz. ¿No conocéis el leon ermitaño?

—Ni quiero...

—Bien se conoce que sois forastero... de alguna tribu lejana sin duda; si fuérais de esta comarca bendeciriais á esa fiera, mas mansa ahora que un cordero.

—Ya, porque no tendrá hambre.

—Aunque la tuviera... Pero os voy á sacar de un error... apeaos y os contaré.

—¿Y respondeis de mi vida?

—Por el leon respondo.

—Está bien; pero iremos á una respectable distancia: no temo á ningun hombre, ni á muchos juntos; pero una fiera me aterra.

—Me apeé y empezó el árabe á contarme la historia del leon ermitaño.

## HISTORIA DE UN LEON NEGRO.

—Sin duda que os habrá asombrado, empezó á decirme con africana gravedad, que un árabe viage á pie y un leon á caballo; pero os contaré la historia de este leon, y cesará vuestro asombro. El ermitaño que ha vivido en gran santidad, recibe sepultura en un terreno privilegiado, y se erige alrededor de su huesa un pequeño monumento que se llama *ermita*, y consiste en un muro circular, cubierto con una media naranja. Cuando hay ojeos en los montes se refugian algunos leones en estas religiosas moradas donde establecen sus domicilios. Desde el dia en que abandonan sus cavernas por esta santa habitacion, cambian totalmente de manera de vivir: los rebaños pasan al lado de ellos sin que se arrojen sobre el cordero mas rezagado; los bandos de timidas gacelas vienen á comer yerba que crece alrededor de su alojamiento, y juguetean á su inmediacion sin escitar su apetito...

—Esto prueba, mi amigo, un dicho de mi pais, interrumpí.

—¿Que dicho? preguntó sério el árabe, ofendido con la interrupcion.

—Que el diablo pudo muy bien hacerse ermitaño...

El árabe sin hacer caso de esta ocurrencia, que él mismo celebró, prosiguió impasible.

—Entonces, la tribu mas próxima de esta ermita encarga á uno de sus mas sábios habitantes para que lleven al leon tortas de leche y algunos otros alimentos parecidos. Come el leon cuanto apetece y bebe cuanto quiere de lo que le llevan, y deja á su lado el resto para su próxima comida.

Este trato hace cambiar los instintos de la fiera, que deja de serlo para convertirse en un objeto de alegría para todo el pais, y presagiar á sus habitantes toda suerte de prosperidades. Enorgullecida con la posesion del leon la tribu á quien él ha honrado con su vecindad, dirige acciones de gracia á la memoria del ermitaño, que les ha revelado por este milagro su santa y poderosa proteccion.

En ciertas épocas del año el piadoso anciano que se ha establecido junto al leon en la ermita, pasea á su noble amigo por medio de los aduares, y le acompaña para conseguir las bendiciones de Dios sobre las casas, los ciegos, los guerreros, los enfermos y las mugeres estériles. Cada árabe piadoso entrega su ofrenda al anciano, y el dinero que recoge sirve para alimentar al leon. Para conservar su salud el celoso peregrino, proporciona al leon ir caballe-ro en un asno, como veis, y es tan dócil, que conviene perfectamente con sus gustos modestos, con su poca ambicion, con su desden por las cosas terrestres, y con su papel conciliador.

Sucede á veces que las leonas vienen á buscar en su ermita á su magestuoso señor; entonces los leoncillos que nacen de estas castas uniones, heredan las virtudes de su padre y le suceden en sus honores y en su santo renombre.

Y por último, este leon negro que veis habita hace cuatro años la ermita de Sidi-Boumedin; ha devorado en su primera juventud mas carneros, cabras, gacelas, hombres y caballos de los que podría yo contar, y sobrecogido por los remordimientos y un bello dia fué á acogerse bajo el techo que cubre las cenizas del mas venerado de nuestros padres. No bebe mas que leche, ni come mas que dátiles, pastelillos, y algunas veces viandas algo mas fuertes, que hay que hacerle aceptar.

Asi terminó la historia del leon, con toda la formalidad y el candor de quien cuenta uno de esos acontecimientos de que él mismo ha sido actor.

## RUI PEREZ DE AVILÉS.

DRAMA HISTORICO, EN PROSA, EN TRES ACTOS Y CINCO CUADROS, PRECEDIDO DE UN PROLOGO.

POR

D. NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO Y SUAREZ-MOSCOYO.

### ACTO SEGUNDO.

#### ESCENA V.

(Continuacion.)

RUI. INES.

INES.

Mas, ¿quién puede interesarse en nuestro daño?... ¿Es mi hermano... es por Ra-

miro de Falcon por quién quieren romper el dulce lazo que ata nuestras almas?... ¿Quién es, pues, nuestro enemigo?

#### ESCENA VI.

RUI. INES. FATIMA.

FATIMA.

¡Yo! la que antes de ser tu esclava era ya tu rival.

INES.

¡Fátima!

FATIMA.

Yo, sí: que no puede ver á tu amante sin adorarle tambien, y que por lo mismo soy tu mas cruel enemiga.

INES.

¡Tú!... ¿pues qué mal te causé nunca? Lastimada de tus penas, ¿no te di la libertad tan luego se ausentó mi hermano de Luera?...

FATIMA, con fuego.

Mas tú no sabes que era Fátima la joya de Andalucía... la envidia de las hermosas sevillanas hasta el momento infeliz en que este ingrato me robó el corazon sin darme el suyo en cambio... que desapareció mi belleza, mi reposo y mi razon.

RUI.

(Desdichada Fátima.)

FATIMA, con fuego.

¿Quién pudiera ya reconocer en estos ojos apagados, en este rostro pálido y marchito á la Fátima de otros dias, á aquella que en las justas y las zambras los mas gallardos muslimes apellidaban el lucero de Sevilla, la rosa del Mediodía... ¡Oh, soy una insensata!... ¡mi alma desfallece! (Muy abalida.)

INES.

¡Fátima! Vuelve en tí... oye la voz amiga de Inés, á quien otro tiempo amabas.

FATIMA, con fuego.

¿Qué me hablas de amistad?... afortunada jóven... Yo quiero con mi puñal desgarrar ese pecho en que está incrustada la imagen de Rui.

INES.

No tal; tu corazon no es capaz de aborrecer á la que tanto te ama.... (Corta pausa.)

FATIMA.

¡Desgraciada de mí!... Tiene razon.... Tú siempre fuiste para mí buena y sensible... Pésame ya el haberte aprisionado... ¡Huye de mí!... Francas están las puertas de este alcázar... ¡Huyel... ¿qué te detiene? ¿Osas desafiar mi cólera?... ¿No sabes que te aborrezco y que tengo aqui un puñal?... (Llorando.)

RUI.

(¡Infeliz!)

INES.

No, Fátima: al través de tus injurias,

leo yo en tu corazon... y comprendo tu dolor y tu pasion desdichada... No quiero abandonarte sin probar á endulzar tus penas... Conozco por mí que no puede verse á Rui sin amarle.

FATIMA, arrojándose en sus brazos.

Sublime cristiana... ¿Eres acaso una huri en figura de mortal?... Despues de tantas ofensas aun me perdonas y me ofreces tu cariño... pues bien, no has de aventajarme en generosidad... Que ese adorado jóven se aparte tambien de aqui... que por siempre me abandone á mi fiera desventura... y vaya unirse á los suyos... Tú, acompañaile... Yo en breve dejaré de padecer.

RUI.

¿Qué quieres decir?

FATIMA.

Ya que es imposible la dicha, ya no quiero la existencia.

INES.

No, Fátima: yo permaneceré á tu lado, y mostrándote el hermoso sendero de la religion de Cristo que conduce á la eterna felicidad, sabré curar la herida de tu corazon, con el bálsamo de la fé y de la esperanza.

RUI.

¿Rehusarás la libertad?

INES.

Si: Rui, Fátima es muy desdichada y necesita de mí.

FATIMA.

¡Generosa amiga!... yo no consiento.

#### ESCENA VII.

RUI. INES. FATIMA. HACEM, que entra precipitadamente.

HACEM.

Señora... el alcaide vuelve ya.

FATIMA.

¡Tan presto!

HACEM.

Los cristianos cargan sobre él en gran número, segun se divisa desde las almenas... y se retira á Triana aunque ordenadamente.

FATIMA.

Pues no hay tiempo que perder... idos ya. (A Rui y á Inés.)

INES.

Mi resolucion es inmutable.

RUI.

Insistes aun...

INES.

Vete al punto al campamento... tu bra-

zo allí es necesario para el triunfo de la Cruz... En tanto, yo en Triana quedaré rogando al cielo por tí, y consolando á Fátima.

FATIMA.

¡Ines mia!... ¿Con qué te pagaré yo?... (¡ Hacem con estremada emocion.) Conduce á ese cristiano por la poterna secreta y déjale libre...

RUI.

¡Fátima!... ¡Inés!... Adios.

FATIMA.

Que el cielo te haga feliz. (Cayendo medio desmayada sobre el hombro de Inés.

INES.

Valor, amiga mia.

Rui y Hacem se van por el fondo, Inés y Fátima por la izquierda.

Cae el telon.

## CUADRO II.

Interior de la tienda del gran maestre de Santiago.—Algunos sitios de campaña.—Al alzarse el telon aparece la escena vacia, pero se oye cada vez mas cerca el ruido de atabales y clarines, y los gritos de victoria de los caballeros que forman la comitiva del maestre.

### ESCENA I.

EL MAESTRE. ALFONSO. RAMIRO. *Caballeros con las espadas desnudas. El que trae el estandarte, que será blanco con dos caidas ó puntas y con la cruz de Santiago, lo fijará en tierra cerca del sitio del maestre.*

UN CABALLERO. (Dentro.)

¡Viva don Pelayo Correa!

CABALLEROS. (Id.)

¡Viva!

RAMIRO.

¡Gloria y honor al maestre de Santiago!

CABALLEROS.

¡Viva!... ¡viva!

MAESTRE.

Gracias, ilustres paladines, mas no á mí sino al monarca se debe aquí vitorear.

RAMIRO.

Solo de vos fué la gloria en este dia.

MAESTRE.

Otra vez gracias os doy, pero os ruego que á reposar os retireis, pues probablemente al rayar el alba tornaremos al combate.

UN CABALLERO.

Peleando bajo vuestra bandera es segura la victoria.

RAMIRO.

Hoy podemos repetir la antigua cánti-

ga que los heraldos dicen al hablar de vuestra noble casa. «Que las correas que vuestra águila lleva en el pecho salen de cuero tal, que no pueden ser quebradas. (1)»

MAESTRE.

Que os guarde el cielo, amigos míos. (Vánse los caballeros.)

### ESCENA II.

El MAESTRE. ALFONSO. RAMIRO.

MAESTRE.

Poca gloria hoy alcanzamos. Fué la victoria muy fácil.

ALFONSO.

El alcaide de Triana no combatió cual acostumbra, y cedió muy presto el campo.

RAMIRO.

Escasas eran sus fuerzas, y al divisar los escuadrones que venian en nuestro auxilio, creo obró prudentemente volviéndose á su castillo.

ALFONSO.

En verdad que nadie imaginara que durase tanto tiempo el asedio de Sevilla... mas de un año ya llevamos.

MAESTRE.

De aqui dos dias, terminado ya el ayuno que el santo rey ordenó, para que el cielo se nos mostrase propicio, intentaremos el asalto general... Su alteza se impacienta ya al ver sus mas valientes caballeros diezmados de continuo por el sol abrasador de Andalucía y las saetas que esos perros nos disparan á mansalva, tras sus erguidas almenas.

ALFONSO.

Yo creo al rey cumplidamente satisfecho de todos los que seguimos el pendon glorioso de la orden de Santiago.

RAMIRO.

Sin vanagloria, á nosotros toca la mayor prez en este cerco, pues á no ser por nuestro arrojo del primer dia, hubieran sido deshechas las huestes castellanas.

MAESTRE.

Cualquiera otros caballeros hubieran hecho lo mismo. A nosotros solo nos toca regocijarnos por haber alcanzado la honra de ser los elegidos para entrar antes en la lid.

(1) «Que no pueden ser quebradas.» Estos versos son parte de una copia que puede verse en los manuscritos de *Gratia Dei*, rey de armas de los reyes Católicos aludiendo al escudo de los Correas, que consiste en una águila negra que sostiene en el pecho un escudete de gules con trece correas de oro cruzadas. La copia dice así:

Que don Pelayo el maestre  
De Correas en Castilla  
Que mostró por maravilla  
Un ser sin que yo lo muestre.  
En la tierra de Sevilla,  
En Galicia y Portugal  
Trece correas cruzadas  
Nos vienen á dar señal,  
Que salen de cuero tal  
Que non pueden ser quebradas.

ALFONSO.

Sin embargo... Ilustre maestre, no á todos dotó el cielo de vuestro valor proverbial, ni les es dado decir cual don Pelayo Correa, que su espada fuera siempre victoriosa.

MAESTRE.

La proteccion de la Virgen mi señora.

RAMIRO.

Vuestra bravura y esfuerzo.

### ESCENA III.

MAESTRE. ALFONSO. RAMIRO. RUI.

ALFONSO.

(El maldecido page está ya libre.)

RUI.

¡Gran Señor!

MAESTRE, *Abrazándole.*

¡Rui! mi amado doncel... ¿Cómo logras-te quebrar tus hierros?... Temia no verte mas...

RUI.

Hizo el acaso que en Triana encontrase una mora que en otro tiempo conociera y me dió libertad.

ALFONSO, *aparte á Ramiro.*

(El favorito del Maestre, ya le veis.)

MAESTRE.

Y tus graves heridas.

RUI.

Bueno me siento.

RAMIRO, *aparte á Alfonso.*

(Que interés toma por él.)

MAESTRE.

Te doy el mas cumplido parabien, y tambien me felicito por tenerte á mi lado en tiempo tan oportuno, pues me ha confiado su alteza el asalto de Triana.

RUI.

¿Y para cuando será?

MAESTRE.

Muy en breve. Las catapultas y arietes están prontas, y mis bravos caballeros ansian lanzarse en el combate..... Tu cual siempre pelearás junto á mí.

RUI.

Una merced habré de pedir os encarecidamente.

MAESTRE.

Habla sin recelo, el hijo del valeroso Pero Perez, siempre en mí tiene un amigo.

RUI.

Venido de Triana en este instante, he podido examinar los aprestos y defensas

MAESTRE.

¡Y bien!

RUI.

Puedo aseguraros, señor, que nada lograremos con asaltar el arrabal, en tanto no corteis su comunicacion con la ciudad.

RAMIRO.

Rui habla sin duda del puente de barcas que cruza el Guadalquivir.

RUI.

Y tambien de una fortísima cadena afianzada en la torre del Oro y el castillo de Triana, la que desde el real no puede divisarse.

MAESTRE.

Terrible obstáculo en verdad.

RAMIRO.

No alcanzo el medio.

MAESTRE.

He aquí noble Maestro el favor de que os hablaba. Permitidme sea yo el que quiebre la cadena con mis buenas navés.

ALFONSO.

(¡Presuntuoso!)

MAESTRE.

No quiera el cielo que tal consienta jamás. Tu padre era en su juventud mi mas leal amigo y hermano de armas, tu eres hace tiempo ya el mas bizarro y fiel de todos mis escuderos, y no he dejarte correr á una muerte cierta, en la primavera de la vida.

RUI.

No me negueis señor tan alta merced... Conozco son débiles mis fuerzas para

tan gloriosa empresa, pero recordad que si es cierto que soy jóven y sin blasones aun, tengo la honra de guiar las naves de la muy noble y valerosa villa de Avilés, en las que combaten los *Alfonso*s, los *Alas* y los *Vangos*, y que con tales soldados no hay imposible fazaña.

ALFONSO.

Pero no pelean con vos soberbio y atrevido escudero ni los *Cascos*, ni los *Frexos*, ni *Falcones*, ni *Lueras* (A),

MAESTRE.

Unos y otros son bravos comendador... Cual infanzon nacido vasallo del rey de Castilla, no fué siempre (á *Alfonso*.) el terror de los infieles, el modelo del valor y de la caballería... mas tú hablas como guerrero (á *Rui*.) novel. No ves que con solo dos galeras es imposible acometer tal empresa. Es necesario aguardar la llegada de la escuadra castellana que acaudilla el denodado almirante Raimundo Bonifaz, que ahora habrá ya tocado las aguas del Guadalquivir. En tanto combatiremos el muro y puente con los ingenios, y con la ayuda de Santa María y del Apóstol Santiago, venceremos cual siempre á los infieles muslimes.

RAMIRO.

Don Pelayo: bien decis; lo que Rui Perez propone es grande temeridad.

RUI.

Dios y mi buena espada, la real espada de mi buen padre, serán conmigo, dadme vuestro beneplácito.

MAESTRE.

Nunca!... Te prohibo la salida del real, y las dos naves avilesas permanecerán fondeadas donde ahora, impidiendo lleguen por el rio socorros á los cercados.

(4) «Ni Falcones ni Lueras.» Todas estas familias nobles que aquí se nombran, tenían su solar en Avilés ó sus cercanías. (Vease á Tirso de Avilés, Trelles, Asturias ilustrada, etc.

RUI.

¡Oh señor! prestad crédito á mis palabras. Los guerreros que me siguen son bravos entre los bravos, ningun riesgo les arredra ni en la tierra, ni en la mar.. Haciendo yo guarecer de fuertes crestas de hierro las proas de mis galeras, y aguardando hinche las velas un viento favorable, me atrevo á esperar rompería la malhadada cadena que nos impide plantar en la arrogante Giralda el pendon morado de Castilla.

MAESTRE.

Te repito Rui Perez que no pienses en tal, y que no te apartarás...

ESCENA IV.

El MAESTRE, ALFONSO, RAMIRO, RUI, un mandadero del rey.

MANDADERO.

Valiente y noble Maestro (*Saludando respetuosamente.*) de Santiago.

MAESTRE.

Mandadero bien venido.

MANDADERO.

El rey me ordena (*Todos se inclinan ligeramente.*) os diga, que en este momento mismo se reunen en su tienda los principales caudillos del ejército para tratar del asalto que ha de darse á la ciudad y que aguarda por vos.

MAESTRE.

Está bien, al punto voy á obedecer á su alteza. (*Vase el mandadero saludando con reverencia.*) Venid conmigo Rui... Fieles amigos, con Dios quedad...

ALFONSO, RAMIRO.

Gran señor!... (*Vase el Maestro y Rui.*)  
(*Se continuará.*)

# BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

## AVISO IMPORTANTE.

Desde el 1.º de octubre próximo se abre el pago del interés fijo del semestre que vence el 30 de corriente. El abono de las cantidades que correspondan á los suscritores capitalistas, se hará en Madrid en la oficina central calle de Santa Teresa, número 8, todos los dias no festivos de doce á tres de la tarde, y en provincia por conducto de los corresponsales de la empresa ó del establecimiento. En los pueblos donde no haya corresponsal, pueden los interesados designar el punto inmediato que les convenga y se les enviara libranza de la suma á su orden, libre de gastos.—Los que en virtud de las bases del proyecto del 15 del corriente, quieran destinar la cantidad que han de percibir al *fondo de reserva*, se servirán avisarlo sin pérdida de tiempo para espedirles la correspondiente póliza y que puedan en su consecuencia disfrutar desde luego de los beneficios.

Al tiempo de recibir ó el importe del semestre en metálico, ó la póliza del fondo de reserva, se cambiarán las libranzas antiguas por las nuevas del segundo semestre que ya están estendidas —Al respaldo de dichas libranzas debe ponerse el recibo de los intereses en efectivo ó de la póliza del fondo de reserva.

El derecho á percibir los suscritores capitalistas la suma que les corresponda por interés ó beneficios, no caduca mientras subsista la empresa, y por tanto cada cual puede reclamarlas cuando lo tenga por conveniente.

Los suscritores capitalistas que por extravío ó por causa de mudanza de domicilio ó residencia, no hayan recibido el nuevo prospecto de la *Biblioteca Española*, ni la circular del 20 del corriente, se servirán avisar para enviarles uno y otra inmediatamente.—Madrid 23 de setiembre de 1852.

FRANCISCO DE PAULA MELLADO.